

está lleno, todo se toca, todo se encadena y todo está maquinado. «El mundo, como efecto de la casualidad, es más explicable que Dios, decía Diderot. La multiplicidad de las causas y el número inconmensurable de actos que supone la casualidad, explican la creación. Con la *Eneida* y todos los caracteres necesarios para su composición, dadme tiempo y espacio, y á fuerza de arrojar letras llegaré á formar la *Eneida*.» Aquellos desgraciados que lo deificaban todo antes que admitir un Dios, reulaban también ante la divisibilidad infinita de la materia, que implica la naturaleza de fuerzas imponderables. Locke y Condillac retardaron con esto cincuenta años el inmenso progreso que hacen en este momento las ciencias naturales bajo la base de la unidad, debida al gran Godofredo Saint-Hilaire. Algunas gentes sinceras, sin sistema, convencidas por hechos concienzudamente estudiados, perseveraron en la doctrina de Mesmer, que reconocía en el hombre la existencia de una influencia penetrante, dominadora de hombre á hombre, puesta en ejercicio por la voluntad, curativa con la abundancia de fluido y cuyo fuego constituye un duelo entre dos voluntades, entre un mal que curan y el deseo de curar. Los fenómenos del sonambulismo, que apenas fueron sospechados por Mesmer, fueron debidos á los señores Puysegur y Deleuze; pero la Revolución contribuyó á interrumpir, ó mejor dicho, á aplazar el curso de estos descubrimientos, y á favorecer la causa de los sabios y de los burlones. Entre el escaso número de creyentes, se encontraron algunos médicos. Estos disidentes fueron perseguidos hasta la

muerte por sus colegas. El respetable cuerpo de los médicos de París desplegó contra los mesmeristas todo el rigor de las guerras religiosas, y fué tan cruel en su odio contra ellos, como era posible que lo fuese en aquel tiempo de tolerancia volteriana. Los doctores ortodoxos se negaron á consultar con los doctores que apoyaban la herejía mesmerista. En 1820, aquellos pretendidos heresiarcas eran aún objeto de esta sorda proscripción. Las desgracias, las tormentas de la Revolución no fueron bastante para extinguir aquel odio científico. Para odiar de este modo no hay nadie como los sacerdotes, los magistrados y los médicos. La toga siempre es terrible. Pero ¿acaso no son las ideas más implacables que las cosas? El doctor Bouvard, amigo de Minoret, militó en la nueva fe, y perseveró hasta su muerte en la ciencia á que había consagrado el descanso de su vida, pasando á ser de este modo una de las pesadillas de la facultad de París. Minoret, que fué uno de los más firmes campeones enciclopedistas y el adversario más temible de Deslon, preboste de Mesmer, se malquistó con su compañero, é hizo más, lo persiguió, hasta el punto de que su conducta con Bouvard debía ser la única causa de arrepentimiento que pudiese turbar la tranquilidad de su vejez. Desde la retirada del doctor Minoret á Nemours, la ciencia de los fluidos imponderables, único nombre que conviene al magnetismo, tan estrechamente relacionado por la naturaleza de sus fenómenos con la luz y la electricidad, hacía inmensos progresos, á pesar de las continuas burlas de la ciencia parisiense. La frenología y la fisiog-

nomía, la ciencia de Gall y de Lavater, que son gemelas, siendo una á la otra lo que es la causa al efecto, demostraron á más de un fisiologista la existencia de un fluido imperceptible, base de los fenómenos de la voluntad humana, y del cual resultan las pasiones, los hábitos, las formas del rostro y las del cráneo. Finalmente, los hechos magnéticos, los milagros del sonambulismo y los de la adivinación y éxtasis que permiten penetrar en el mundo espiritual, iban acumulándose. La extraña historia de las apariciones, tan bien demostradas, del cortijero Martín, y la entrevista de este aldeano con Luis XVIII; el convencimiento de las relaciones de Swedenborg con los muertos, tan seriamente sustentada en Alemania; los relatos de Walter Scott acerca de los efectos de la *segunda vista*; el ejercicio de las prodigiosas facultades de algunos *decidores afortunados*, que confunden en una sola ciencia la cartomancia, la quiromancia y el horóscopo; los hechos de catalepsia y los del ejercicio de las propiedades del diafragma mediante ciertas afecciones mórbidas; todos estos fenómenos curiosos y emanados de la misma fuente, desvanecían muchas dudas y llevaban á muchos indiferentes al terreno de las experiencias. Minoret ignoraba este movimiento tan grande en el Norte de Europa y tan débil aún en Francia, donde pasaban, no obstante, hechos de estos calificados de maravillosos por los observadores superficiales, y que caen en el torbellino de los acontecimientos parisienses como piedras en el fondo del mar.

A principios de este año, el reposo del anti-mesmerista fué turbado por la siguiente carta:

«Antiguo compañero y amigo mío: Toda amistad, aunque haya cesado, tiene derechos que prescriben difícilmente. Sé que vive usted aún, y recuerdo, más bien que nuestra enemistad, nuestros buenos tiempos del chiribitil de San Julián el Pobre. En el momento de dejar el mundo, me propongo probarle que el magnetismo va á constituir una de las ciencias más importantes, si es que la ciencia no debe ser *una*. Tengo medios de destruir la incredulidad de usted con pruebas positivas. Acaso deba á su curiosidad la dicha de estrecharle una vez más la mano, como se la estrechaba antes de Mesmer.

»Suyo siempre,

»BOUVARD.»

Picado como un león por un tábano, el anti-mesmerista se fué á París, y dejó su tarjeta en casa del anciano Bouvard, que vivía en la calle de Ferou, cerca de San Sulpicio. Bouvard le dejó á su vez su tarjeta en la fonda, con la siguiente cita: «Mañana, á las nueve, calle de San Honorato, frente de la Asunción.» Minoret, que se había rejuvenecido, no durmió; se fué á ver á sus antiguos conocidos del hospital y les preguntó si el mundo estaba revuelto, si la medicina tenía una escuela, y si las cuatro Facultades vivían aún. Los médicos le tranquilizaron, diciéndole que el antiguo espíritu de resistencia persistía; pero que, en lugar de perseguir, la Academia de Medicina y la de Ciencias se desternillaban de risa, clasificando los hechos magnéticos entre las sorpresas de Comus, de Comte, de Bosco, y entre los juegos de manos, la presti-

digitación y lo que se llama física recreativa. Estos discursos no fueron obstáculo para que el viejo Minoret asistiese á la cita que le daba el anciano Bouvard. Después de cuarenta años de enemistad, los dos antagonistas volvieron á verse en una puerta cochera de la calle de San Honorato. Los franceses están distraídos demasiado continuamente para odiarse mucho tiempo. En París, sobre todo, los hechos borran el pasado y hacen la vida demasiado vasta en política, en literatura y en ciencias, para que los hombres no encuentren lugar donde sus pretensiones puedan reinar á su antojo. El odio exige tantas fuerzas armadas siempre, que es preciso emplear grandes energías para poder odiar mucho tiempo. Las corporaciones son las únicas que pueden guardar memoria de ciertos rencores. Después de cuarenta años, Robespierre y Dantón se hubieran abrazado. Sin embargo, ambos doctores dejaron de darse la mano, siendo Bouvard el primero que dijo á Minoret:

—Estás muy bien conservado.

—Sí, no estoy mal; ¿y tú? respondió Minoret una vez roto el hielo.

—Pues ya lo ves.

—¿Evita tal vez la muerte el magnetismo? preguntó Minoret con tono burlón, pero sin acritud.

—No, pero ha estado á punto de no dejarme vivir.

—¿No eres rico acaso? le dijo Minoret.

—¡Bah, no importa! le contestó Bouvard.

—Pues bien, no te apures, ¡yo soy rico! exclamó Minoret.

—No es tu fortuna lo que deseo, sino tu convicción. Ven, le dijo Bouvard.

—¡Oh! ¡qué testarudo! exclamó Minoret.

El mesmerista condujo al incrédulo á una casa de escalera bastante oscura, y le hizo subir con precaución hasta el cuarto piso.

En este momento existía en París un hombre extraordinario, dotado por la fe de un poder incalculable, y que disponía de los poderes magnéticos en todas sus aplicaciones. Aquel gran desconocido, que vive aún, no sólo curaba á grandes distancias las enfermedades más crueles y las más inveteradas, repentina y radicalmente, como antes el Salvador de los hombres, sino que producía además instantáneamente los fenómenos más curiosos del sonambulismo, domando las voluntades más rebeldes. La fisonomía de aquel desconocido, que dice que sólo depende de Dios, y que se comunica con los ángeles, como Swedenborg, es como la del león, y brilla en ella una energía concentrada é irresistible. Sus facciones, singularmente contorneadas, tienen un aspecto terrible y aterrador; su voz, que sale de las profundidades del ser, está cargada de un fluido magnético y penetra en el auditor por todos los poros. Enojado á causa de la ingratitud pública, después de haber hecho millares de curaciones, se ha sumido en impenetrable soledad, en voluntario aislamiento. Su omnipotente mano, que ha devuelto á muchas madres sus hijos moribundos, á muchos hijos desolados el padre, á muchos amantes ebrios de amor sus amadas; que ha curado enfermos desahuciados por los médicos; que hacía

cantar himnos en las sinagogas, en los templos, y en las iglesias á sacerdotes de diferentes cultos, conducidos todos ante un mismo Dios mediante un mismo milagro; que endulzaba la agonia de los moribundos cuya vida era ya imposible; aquella mano soberana, sol de vida que deslumbraba los ojos de los sonámbulos, no se levantaría para dar á una reina un presunto heredero. Envuelto en el recuerdo de sus beneficios como en un sudario luminoso, se guarda del mundo y vive en el cielo. Pero aquel hombre, sorprendido de su poder, y cuyo interés igualaba á su dominio, permitía que algunos curiosos fuesen testigos de sus milagros. La voz de su fama, que fué inmensa, y que podría renacer mañana, despertó al doctor Bouvard al borde de la tumba. El mesmerista perseguido pudo al fin ver los fenómenos más radiantes de aquella ciencia conservada en su corazón como un tesoro. Las desgracias del anciano conmovieron al gran desconocido, el cual le concedió algunos privilegios; así es que mientras subía la escalera, Bouvard sufría con malicioso goce las bromas de su antiguo antagonista, y sólo le respondía con algunos: «¡Ya verás! ¡Ya verás!» y con esos movimientos de cabeza que suelen hacer las personas que están seguras de lo que dicen.

Los dos doctores entraron en una habitación más que modesta. Bouvard entró á hablar un momento en un cuarto contiguo al salón donde esperaba Minoret, cuya desconfianza despertóse de nuevo; pero Bouvard no tardó en salir á buscarle y lo introdujo en aquel cuarto, donde se encontraban el misterioso swedenborgista y una

mujer sentada en un sofá. Esta mujer no se levantó, y pareció no apercibirse siquiera de la entrada de los dos ancianos.

—¡Cómo! ¿ya no hay cubeta? dijo Minoret sonriéndose.

—¡Nada más que el poder de Dios! respondió gravemente el swedenborgista, que parecía tener cincuenta años.

Los tres hombres se sentaron, y el desconocido se puso á charlar. Se habló de la lluvia y del buen tiempo, con gran sorpresa de Minoret, que se creyó burlado. El swedenborgista interrogó al doctor acerca de sus opiniones científicas, y parecía evidentemente que deseaba examinarlo.

—Caballero, usted viene aquí como simple curioso, dijo por fin el desconocido. Yo no acostumbro á prostituir un poder que, en mi concepto, emana de Dios, y si hiciese de él un uso frívolo ó malo, podría serme retirado... Sin embargo, según me ha dicho el señor Bouvard, se trata de anular una convicción contraria á la nuestra y de iluminar á un sabio de buena fe: voy, pues, á satisfacerle. Esta mujer que ve usted aquí, dijo señalando á la desconocida, es presa del sueño sonámbulo. Según los dichos y manifestaciones de todos los sonámbulos, este estado constituye una vida deliciosa, durante la cual el ser interior queda libre de todas las trabas que para el ejercicio de sus facultades interpone la naturaleza visible, y se pasea por el mundo que nosotros llamamos impropriadamente invisible. La vista y el oído se ejercen entonces de una manera más perfecta que en el estado

llamado *de vigilia* y sin duda sin el auxilio de los órganos, que son la funda de esas espadas luminosas llamadas la vista y el oído. Para el hombre colocado en este estado, no existen las distancias ni los obstáculos materiales, ó son atravesados por una vida que existe en nosotros y para la cual nuestro cuerpo es un encierro, un punto de apoyo necesario, una envoltura. No existen palabras para denominar efectos tan recientemente encontrados; pues hoy las palabras *imponderable, intangible, invisible*, no tienen sentido por lo que atañe al fluido cuya acción se demuestra por el magnetismo. La luz es ponderable por el calor, el cual, penetrando en los cuerpos aumenta su volumen, y la electricidad es indudablemente demasiado tangible. Nosotros acusamos á las cosas, en lugar de acusar á la imperfección de nuestros instrumentos.

—Está durmiendo, dijo Minoret examinando á la mujer que le pareció pertenecer á la clase baja.

—Su cuerpo está, en cierto modo, anulado, respondió el swedenborgista. Los ignorantes llaman sueño á ese estado; pero ella va á probarle á usted que existe un universo espiritual y que el espíritu no obedece en él á las leyes del universo material. Yo la enviaré á la región que usted quiera, á veinte leguas de aquí, á China, si usted quiere, y ella le dirá lo que pasa allí en este momento.

—Me basta con que la mande usted á mi casa, á Nemours, dijo Minoret.

—No quiero tomar yo parte alguna en ello, respondió el hombre misterioso. Deme usted la

mano, y será usted á la vez actor y espectador, efecto y causa.

El desconocido tomó la mano de Minoret, se la retuvo un momento pareciendo recogerse, y con la otra cogió una mano de la mujer sentada en el sofá; después unió la mano del doctor y la de la mujer, haciendo seña al anciano incrédulo de que se sentase al lado de aquella pitonisa sin tripode. Cuando el swedenborgista unió las manos de la mujer y de Minoret, éste observó en las facciones excesivamente tranquilas de aquella un ligero estremecimiento; pero este movimiento, aunque maravilloso por sus efectos, no tuvo nada de extraordinario.

—Obedezca usted á este señor, y piense que me agradará cuanto usted haga por él, dijo aquel personaje imponiendo su mano sobre la cabeza de la mujer, que pareció esperar de él la luz y la vida. Ahora puede usted hablarle, le dijo á Minoret.

—Vaya usted á Nemours, á la calle de los Burgueses, á mi casa, dijo el doctor.

—Dele usted tiempo y deje su mano entre las suyas hasta que ella le pruebe con sus palabras que ha llegado ya, dijo Bouvard á su antiguo amigo.

—Veo un río, respondió la mujer con voz débil, pareciendo mirar á su interior con profunda atención, á pesar de que tenía los párpados cerrados. Veo un bonito jardín.

—¿Por qué entra usted por el río y por el jardín? le preguntó Minoret.

—Porque están ellas allí.

—¿Quiénes?

—La joven y la nodriza que ocupan ahora la mente de usted.

—¿Cómo es el jardín? le preguntó Minoret.

—Entrando en él por la escalerita que baja al río, se encuentra á la derecha, una larga galería, construída con ladrillos, en la cual veo libros, y terminada por un *cabajoutis* adornado de campanillas y de flores. A la izquierda, la pared está revestida de una espesura de plantas trepadoras, de parras y de jazmín de Virginia. En el centro hay un pequeño cuadrante solar. Se ven muchos tiestos con flores. Su pupila examina esas flores, se las enseña á su nodriza, hace agujeros con un plantador é introduce en ellos semillas. La nodriza rastrilla los paseos... Aunque la pureza de esa joven iguale á la de un ángel, hay en ella un principio de amor, débil como el crepúsculo de la mañana.

—¿Por quién? preguntó el doctor, que hasta entonces no había oído nada que no pudiese serle dicho por cualquiera que no fuese sonámbulo, y que seguía creyendo que todo aquello era una farsa.

—Aunque usted estuvo inquieto últimamente cuando la niña se convirtió en mujer, usted no sabe nada de lo que acabo de decirle, dijo la sonámbula sonriéndose. Su corazón ha seguido los impulsos de su naturaleza.

—¿Es una mujer del pueblo la que habla de este modo? exclamó el anciano doctor.

—En ese estado, todas se expresan con una limpidez particular, le respondió Bouvard.

—Pero ¿á quién ama Úrsula?

—Úrsula no sabe que ama, respondió la mu-

jer haciendo un ligero movimiento de cabeza. Esa joven es demasiado angelical para conocer el deseo ó lo que sea el amor. Pero se ocupa de él, piensa en él, quiere evitarlo, y vuelve á pensar en él, á pesar de sus deseos de abstenerse... Ahora se sienta al piano.

—Pero ¿quién es él?

—El hijo de una señora que vive enfrente...

—¿La señora de Portenduere?

—¿Portenduere dice usted? repuso la sonámbula. Eso mismo; pero no hay peligro, el joven está ausente.

—¿Se han hablado? preguntó el doctor.

—Nunca. Solamente se han mirado, y ella lo encuentra guapo, y es, en efecto, un joven guapo y de buen corazón. Ella le ha visto desde su ventana, y se han mirado también en la iglesia; pero el joven no piensa ya en ella.

—¿Cómo se llama?

—¡Ah! para decirle á usted su nombre, necesito leerlo ú oírlo... Se llama Sabiniano; ella acaba de pronunciar su nombre, lo cual la complace extraordinariamente; ahora mira en el almanaque el día de su santo y lo señala con un puntito rojo... ¡Niñerías! ¡Oh! pero ella le amará mucho y con tanta pureza como fuerza. Úrsula no es joven capaz de amar dos veces, y el amor abarcará su alma y la penetrará de tal modo, que rechazará todo otro amor.

—¿Dónde ve usted eso?

—En ella. Esa joven sabrá sufrir, pues tiene á quien parecerse; su padre y su madre sufrieron mucho.

Estas últimas palabras trastornaron al doctor,

el cual quedó, más bien que sorprendido, alelado. No hay para qué decir que entre cada una de las frases de la mujer transcurrían de diez á quince minutos, durante los cuales su atención se concentraba cada vez más. ¡Veíase la viendo! su frente ofrecía singulares aspectos, dibujándose en ella los esfuerzos interiores é iluminándose ó contrayéndose con una fuerza cuyos efectos no habían sido observados por Minoret más que en los moribundos en los instantes en que están dotados del don de profecía. La sonámbula hizo varias veces gestos que se parecían á los de Úrsula.

—¡Oh! interróguela usted, repuso el misterioso personaje dirigiéndose á Minoret. Le dirá á usted secretos que usted sólo puede conocer.

—¿Me ama Úrsula? preguntó Minoret.

—Casi tanto como á Dios, dijo la sonámbula sonriéndose. Así es que se considera muy desgraciada con su incredulidad. Usted no cree en Dios, como si por eso pudiese impedir que exista. Su palabra llena los mundos. Usted causa así los únicos tormentos de esa pobre niña. ¡Calla! ahora está haciendo gamas; quisiera ser mejor música de lo que es, y se violenta. He aquí lo que piensa ahora: «si yo tuviese una buena voz, cuando él estuviese en casa de su madre, mi voz llegaría hasta sus oídos.»

El doctor Minoret sacó su cartera y anotó la hora precisa.

—¿Puede usted decirme qué clase de semilla ha sembrado?

—Ha plantado reseda, guisantes de olor, balsaminas...

—¿Y lo último?

—Pies de león.

—¿Dónde tengo el dinero?

—En casa de su notario; pero lo coloca usted inmediatamente sin perder un día de intereses.

—Sí; pero ¿dónde está el dinero que guardo en Nemours para mi gasto semestral?

—Lo pone usted en un libro grande con tapas rojas, titulado *Pandectas de Justiniano*, tomo II, entre las dos antepenúltimas hojas; el libro está en el armario con vidrieras, en el compartimiento de los *in folio*. Tiene usted toda una fila de ellos. Sus fondos están en el último volumen de la parte del salón. ¡Calla! ¡el tomo tercero está antes que el segundo! pero no tiene usted dinero, son...

—¿Billetes de mil francos? preguntó el doctor.

—No veo bien, están doblados. No; hay dos billetes de á quinientos francos.

—¿Los ve usted?

—Sí.

—¿Cómo son?

—Hay uno muy amarillo y muy viejo; el otro es blanco y casi nuevo.

Esta última parte del interrogatorio aterró al doctor Minoret, el cual miró á Bouvard con aire alelado; pero éste y el swedenborgista, familiarizados con el asombro de los incrédulos, hablaban en voz baja sin mostrarse sorprendidos ni asombrados. Minoret les rogó que le permitiesen volver después de comer. El antimesmerista quería reflexionar y reponerse de su profundo terror para experimentar de nuevo aquel poder inmenso, someterlo á experiencias decisivas y

proponerle cuestiones cuya resolución desvaneciéndose por completo sus dudas.

—Esté usted aquí esta noche á las nueve, le dijo el desconocido.

El doctor Minoret estaba en un estado tan violento, que salió sin saludar, seguido de Bouvard que le gritaba de lejos:

—¡Eh! ¿qué te parece?

—Bouvard, me parece que no estoy en mi juicio cabal, le respondió Minoret en el umbral de la puerta cochera. Si esa mujer no ha mentado en lo referente á Úrsula, como ésta es la única en el mundo que puede saber lo que esa hechicera me ha revelado, *tendrás razón*. Quisiera tener alas para ir á Nemours á cerciorarme de sus asertos. Pero alquilaré un coche y marcharé esta noche á las diez. ¡Ah! ¡voy á volverme loco!

—Pues ¿qué sería si vieses curar en un instante á una enferma incurable, y si vieses á ese gran magnetizador haciendo sudar á mares á un herpético y haciendo andar á una joven parálitica?

—Comamos juntos, Bouvard, y no nos separemos hasta las nueve. Quiero buscar una experiencia decisiva, irrecusable.

—No tengo inconveniente, amigo mío, respondió el mesmerista.

Los dos enemigos reconciliados fueron á comer al Palais-Royal. Después de una animada conversación, gracias á la cual pudo Minoret distraer la fiebre de ideas que hacían estallar su cerebro, Bouvard le dijo:

—Si reconoces en esa mujer el poder de atra-

vesar los espacios, y si adquieres la certidumbre que desde la Asunción ve y oye lo que se dice en Nemours, tendrás que admitir todos los efectos magnéticos, que son para un incrédulo tan imposibles como éstos. Sométele á una prueba que te satisfaga, porque podrías creer que nosotros nos hemos procurado estos informes; pero nosotros no podemos saber, por ejemplo, lo que va á pasar á las nueve en tu cuarto y en el de tu pupila. Retén, pues, en la memoria lo que la sonámbula va á ver ú oír y corre á tu casa. Esa pequeña Úrsula, á quien yo no conozco, no puede ser cómplice nuestra, y si ella ha dicho ó hecho lo que tú hayas escrito, ¡baja la cabeza, altivo sicambrio!

Los dos amigos volvieron al cuarto del magnetizador y encontraron en él á la sonámbula, que no reconoció al doctor Minoret. Los ojos de aquella mujer se cerraron bajo el influjo de la mano que el swedenborgista impuso sobre su cabeza, y la sonámbula recobró la actitud en que Minoret la había visto algunas horas antes. Cuando la mano de la mujer y la del doctor fueron puestas en contacto, éste le rogó que le dijese lo que pasaba en su casa en aquel momento.

—¿Qué hace Úrsula? le preguntó.

—Está desvestida, acaba de ponerse los papeletos en el cabello y se arrodilla en su reclinatorio ante un crucifijo de marfil colocado sobre un cuadro de terciopelo encarnado.

—Y ¿qué dice?

—Hace sus oraciones de la noche, se recomienda á Dios, le suplica que la libre de malos pensamientos, examina su conciencia y repasa



lo que ha hecho durante el día, á fin de saber si ha faltado á los mandatos de la Iglesia. Por fin, la pobre criatura escudriña minuciosamente su alma.

Al decir esto la sonámbula, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No ha cometido ningún pecado, pero se reprocha haber pensado demasiado en Sabiniano, repuso aquella mujer. Se interrumpe para preguntarse lo que éste hace en París, y ruega á Dios que le haga feliz. Ahora piensa en usted y recita una oración en voz alta.

—¿Puede usted repetirla?

—Sí.

Minoret tomó un lapiz, y trasladando al papel lo que le dictaba la sonámbula, escribió la siguiente oración, compuesta indudablemente por el cura Chaperon.

«Dios mío, si estáis contento de vuestra sierva, que os adora y os reza con tanto amor como fervor; que procura no separarse de vuestros santos mandatos; que moriría gustosa como vuestro Hijo para glorificar vuestro nombre, y que quisiera vivir á vuestro lado, hacedme el favor de abrir los ojos á mi padrino, de ponerle en la senda de la salvación y de comunicarle vuestra gracia, á fin de que viva para vos durante sus últimos años; preservadle de todo mal y hacedme sufrir á mí lo que él deba sufrir. ¡Buena Santa Úrsula, patrona querida, y vos, divina madre de Dios, reina del cielo, de los arcángeles y de los santos del paraíso, escuchadme, unid vuestros ruegos á los míos y tened piedad de nosotros!»

La sonámbula imitó de tal modo los gestos cándidos y las santas inspiraciones de la niña, que el doctor Minoret sintió acudir las lágrimas á sus ojos.

—¿Dice algo más? preguntó Minoret.

—Sí.

—Repítalo usted.

—«¿Con quién jugará al chaquete en París mi querido padrino?» Ahora apaga la vela, inclina la cabeza sobre la almohada y se duerme. ¡Ya se ha ido su pensamiento! Qué bonita está con su gorro de noche!

Minoret saludó al gran desconocido, estrechó la mano á Bouvard, bajó con rapidez, corrió á una administración de coches que existía entonces en los bajos de un palacio, demolido más tarde para construir la calle de Argel, encontró allí á un cochero y le preguntó si estaba decidido á partir en el acto para Fontainebleau. Una vez ajustado el precio, se puso en camino al instante. Como había convenido con el cochero, dejó descansar al caballo en Essonne, y como hubiese encontrado asiento en la diligencia, lo despidió. Llegado á su casa á las cinco de la mañana, se acostó sobre las ruinas de todas sus ideas anteriores acerca de la fisiología, de la naturaleza y de la metafísica, y estaba tan cansado á causa del viaje, que durmió hasta las nueve.

Seguro, al despertar, de que nadie había franqueado el umbral de su puerta después de su llegada, el doctor procedió, no sin invencible terror, al examen de los hechos. Él mismo ignoraba la diferencia que existía entre los dos billetes de Banco y la inversión de los dos tomos

de las *Pandectas*. La sonámbula no se había equivocado. El doctor llamó á la Bougival.

—Diga usted á Úrsula que venga á verme, dijo el doctor sentándose en la biblioteca.

La niña se presentó, corrió á él, lo abrazó, y el anciano la tomó en sus brazos sentándola en sus rodillas y mezclando sus cabellos blancos con los rizos rubios y abundantes de su ahijada.

—¿Se le ocurre á usted algo, padrino?

—Sí; pero prométeme por tu salvación que responderás francamente y sin rodeos á mis preguntas.

Úrsula se puso roja como la grana.

—¡Oh! no temas, no te preguntaré nada que no puedas decirme, añadió al ver que el rubor del primer amor turbaba por primera vez la pureza infantil de aquellos hermosos ojos.

—¿Con qué pensamiento acabaste tus oraciones anoche, y á qué hora las hiciste?

—Eran las nueve y cuarto ó nueve y media.

—Está bien; repíteme la última oración.

La joven esperó que su voz comunicaría su fe al incrédulo, y abandonando su sitio, se arrodilló, juntó las manos con fervor, un resplandor radiante iluminó su rostro, y mirando al anciano, le dijo:

—Lo que le pedí ayer á Dios, lo que le pedía esta mañana, se lo pediré hasta que me lo otorgue.

Y dicho esto, repitió su oración con verdadero fervor; pero con gran asombro suyo, su padrino la interrumpió sin dejarla acabar.

—Está bien, Úrsula, dijo el doctor tomando á su ahijada en sus rodillas,

—Cuando inclinaste la cabeza sobre la almohada para dormirte, ¿no digiste para tus adentros: «¿Con quién jugará al chaquete en París mi querido padrino?»

Úrsula se levantó como si hubiera oído sonar la trompeta del juicio final, lanzó un grito de terror, y sus asombrados ojos miraron al anciano con fijeza.

—¿Quién es usted, padrino? ¿De quién le procede ese poder? le preguntó la joven, imaginándose que cuando no creía en Dios y tenía aquel poder, era porque debía haber hecho algún pacto con el diablo.

—¿Qué sembraste ayer en el jardín?

—Reseda, guisantes de olor, balsaminas...

—Y por último, pies de león ¿verdad?

La joven cayó de rodillas.

—No me asuste usted, padrino. Es que estaba usted aquí, ¿verdad?

—¿Por ventura no estoy yo siempre contigo? respondió el doctor bromeando para no asustar á la joven. Vamos á tu cuarto.

El anciano dió el brazo á su ahijada, y ambos subieron la escalera.

—Padrino mío, ¡le tiemblan á usted las piernas! exclamó Úrsula.

—Sí; estoy como aterrado.

—¿Cree usted, al fin, en Dios? exclamó la joven con sencilla jovialidad, dejando asomar las lágrimas á sus ojos.

El anciano contempló el sencillo y lindo cuarto que había arreglado para Úrsula. Una alfombra verde y poco costosa cubría el suelo, y un papel gris sembrado de rosas, las paredes. En